

espantable de millones—ejércitos y escuadras que tengan a raya la posible malavolencia de otros países. Pero ni la suma de los malhechores ni la guerra más sanguinaria causan las víctimas que las enfermedades curables ocasionan (por no ser debidamente esquivadas o atendidas), todos los años en cualquier nación del mundo. Si una anciana aparece entre las ropas de su lecho con un puñal en el corazón, vibra toda una provincia en ansias de descubrir y aniquilar al asesino. Pero jamás hemos presenciado un idéntico estado de opinión contra el neumococo, asesino más frecuente y terrible. Si un hombre cualquiera se presenta a un comisario de policía para pedirle amparo contra la probable agresión de otro sujeto, este hombre obtiene la escolta de un agente. Si el mismo prójimo denuncia que le ha comenzado a atacar un bacilo, se encogerán de hombros.

—La muerte por enfermedad—se piensa cerrilmente—es natural.

No; no es natural en todos los casos. Morir por tífus es como morir asesinado canalescamente; y morir por la viruela, también; y, aunque hoy no sean evitables, las demás dolencias—incluso las provocadas por la herencia, que una sociedad menos mojigata cuidará de impedir en ese futuro a que me refiero—tienen el mismo carácter de accidente desgraciado, porque sólo hay, como es sabido, una muerte natural: la que el agotamiento, la vejez, impone.

Al lado de los dispendios con que todos los Estados perfeccionan y fortalecen la ciencia que ampara la salud son ridículas. Si la mitad de lo que se ha gastado y se gasta en el mundo en organizaciones y perterchos mortíferos, se dedicase a proteger y fomentar las investigaciones médicas, es seguro que nuestra vida tropezase con menos escollos; muchos problemas habrían dejado de serlo ya. Las labores de investigación no son solamente penosas, sino caras, y no ofrecen compensación económica, porque impiden cultivar y atender una clientela. No todos los hombres tienen vocación de mártires oscuros; es muy difícil que un médico de talento renuncie a la posible fortuna que puede obtener en un consultorio para gastar su propio peculio y consumir su vida en el laboratorio de los experimentadores, donde la verdad defiende con angustiosa tenacidad su secreto. Pero si los Estados protegiesen a un investigador médico tanto, por lo menos, como al que inventa un cañón de mayor alcance y poder destructor que los ya conocidos, esos trabajos de insuperable utilidad se harían más frecuentes y más fáciles.

Y cuando el mundo se formalice, así será. Es muy difícil atisbar en el futuro una silueta más elevada y destacante que la del médico. Aún puede decirse más, la sociedad futura será obra de los médicos. Con sus manos, todavía torpes, pero de creciente habilidad, ellos la van esculpiendo. Cuando hayan alcanzado las cimas de la eugenesia, que aún se ven remotas en el horizonte, podrá afirmarse que son, en la tierra, no colaboradores, pero sí delegados de la divinidad.

W. FERNANDEZ-FLOREZ

(De A B C.)